La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

						J	
		K					
		N		2			
						L	
		M				3	

SOLUCION

J=Rey; K=Caballo; L=Dama; M=Torre; N=Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
9	4	7	6	0	1
8	2	1	5	1	1
1	0	4	6	1	0
7	2	9	0	0	1
8	0	3	9	0	1
1	9	2	7	0	1

SOLUCION A. 2345.

Verano/12



SOLOS

(*Por Manuel Vicent*) En la ciudad abandonada, que ayer tenía casi un millón de habitantes, ahora sólo viven un hombre y una mujer. Todos huyeron cuando sobrevino la peste, pero ellos han permanecido cada uno en su apartamento desafiando el pánico sin renunciar a la propia soledad. No se conocen. No saben nada de su mutua existencia. Ambos recorren un laberinto contrario por las calles desiertas todos los días y no existe la posibilidad de que se encuentren nunca. La desbandada se produjo un lunes por la mañana dejando los fugitivos las puertas abiertas. Los dos supervivientes pueden entrar en los palacios, en las pastelerías, en las oficinas del Estado, en las cafeterías deshabitadas donde el viento ya ha derribado algunos anaqueles.

No se ve ningún perro en el asfalto y tampoco la radio da música ni noticias. En cambio la televisión funciona, aunque ha quedado paralizada. Bajo el polvo que se va acumulando en las infinitas habitaciones vacías de la ciudad, la pantalla sólo emite una imagen fija: el rostro de un tercer desconocido. La mujer deambula por las aceras mirando escaparates llenos de telarañas y a veces se introduce en una casa elegida al azar. Allí se refleja en los espejos, explora los armarios, contempla las esferas de todos los relojes detenidos y al final de una jornada de camino ella se pierde sin haber hallado nada que no sea una imagen fija repetida en los sucesivos espacios.

El hombre realiza también el antiguo trazado. Llega por la mañana al ministerio, circula por los despachos abandonados y elige uno para dormir un rato; después baja al bar y mira la calzada muerta durante un tiempo indefinido. La mujer nunca pasa por allí. Sólo el rostro del tercer desconocido sonríe bajo un antifaz. El laberinto que el hombre y la mujer describen en la ciudad se expande con otras batidas diarias, aunque nadie debe esperar que sus vidas se crucen alguna vez en una esquina. Ellos lo ignoran, pero están solos en el mundo. Los demás han muerto de peste y en el televisor ha quedado un desconocido vigilándolos.



Sylvia Iparraguirre nació en Junín, provincia de Buenos Aires. Formó parte de la revista "El Escarabajo de Oro" y fue cofundadora de "El Ornitorrinco". Narradora y ensayista, ha publicado en diversos diarios argentinos y españoles. Su libro "En el invierno de las ciudades" mereció el Primer Premio Municipal de Literatura. El relato que se publica a continuación pertenece a su nuevo libro de cuentos, "Probables lluvias por la noche", que se editará este año.

EL VI



Por aquel entonces, la historia del viking con la chica del pensionado de monjas nos resultaba poco menos que asombrosa, de modo que al encontrarnos, nos acomodábamos en las sillas como un buen espectador se acomoda antes de su película favorita y nos pasábamos los últimos datos que cada uno tenía. De más está decir que la historia se armaba por omisión de sus actores principales. De la chica no teníamos ni idea y el viking nunca contaba nada, no porque tuviera algo que ver con la reserva o el pudor, cosas que desconocía por completo, sino porque no era un tipo de contar. Lo aburría mortalmente. En cualquier lugar y circunstancia era un tipo de actuar. Así le iba. Pero bueno, la historia, si es que aquello era una historia, iba tomando forma a través de fragmentos que gente de la facultad, tipos de bares como nosotros, amantes, amigas, ex novias del viking, inventaba, suponía o conjeturaba. Del viking habría que decir, entre millones de cosas, que una madrugada, leyendo a los gritos a Dylan Thomas en casa de una dama cuyo marido estaba de viaje, se le había incendiado el colchón sin que él se percatara hasta que la cosa tomó proporciones de incendio, momento en que abandonó la casa prácticamente desnudo; que su éxito con las mujeres era algo casi mítico; que le gustaba pasar por lisiado, loco de guerra o vendedor ambulante en los colectivos o subtes y que era un poeta desperdiciado y descomunal. Medía uno noventa, tenía pelo, barba y ojos eslavos, lo que le valía el apodo y vivía en Palermo Viejo, cerca de Puente Pacífico. Le gustaba deambular hasta la madrugada, sobre todo por Corrientes, siempre a la pesca de mujeres de cualquier tipo, belleza o condición. Andaba atento a todo. Especialmente a la fauna de Filosofía y Letras, a los músicos underground que tocaban en sótanos oscuros y malolientes, de calles como Suipacha o Montevideo, al teatro experimental y a las reuniones literarias en los bares. De la chica sabíamos nada más que había venido a estudiar a Buenos Aires, que vivía en un pensionado de monjas y, sobre todo, lo que nos divertía enormemente, que el viking no tenía éxito con ella. No al menos al que estaba acostumbrado. La mayoría de las veces la chica salía huyendo y se mandaba guardar en el famoso pensionado. La flaquita, como nos dijo aquella noche, al principio, una de las pocas veces que estuvo expansivo y que contó lo de la facultad, era inclasificable. Pero, lo que le resultaba indescriptiblemente regocijante era lo del pensionado de monjas: una especie de hallazgo. Casi no había vez que, hablando con ella, aunque fuera de cosas serias (a la chica le parecía que a veces hablaban de cosas serias, por ejemplo, de Borges), al viking no le vinieran unas ganas incontenibles de reírse. En ese momento, largaba una carcajada que se apuraba a sofocar porque la chica se encerraba, como un caracol al que se le tocan las antenas. Su propósito, como nos dijo esa noche, era educarla al revés, es decir, deseducarla. Cuando se encontraban, la chica terminaba invariablemente poniéndose nerviosa. En los cafés, el viking escribía en un cuaderno todo manoseado, recitaba a Milosz, tanteaba con el codo sobre la madera como buscando el mejor punto de apoyo en la mesa, o, de repente, se largaba a cruzar la calle a los trancos porque había visto pasar un conocido o conocida por la vereda de enfrente. Decía todo el tiempo "flaquita", decía "cómo viene la mano", decía "Gombrowicz es lo más gran de que existe". Tenía un humor siniestro y, en general, rabelesiano.

El viking y la chica del pensionado de monjas se conocieron una noche, a la salida de clase, en la facultad. El andaba vendiendo su libro de poemas por adelantado. Fue la temporada que salía del altillo de Palermo con un talonario de vales. Cada vale era un libro por adelantado; se lo pagaban y él anotaba dirección y teléfono para después mandar el correspondiente ejemplar por correo. La cosa fue que la chica estaba dando un parcial en el aula mayor cuando el viking, acodado en la ventana del lado de afuera contando vales, se da cuenta de que le estaba pasando un papel a un tipo de la fila de adelante. "A un punto ojeroso", como dijo él. Nos contó esa noche que, sentado en el marco de la ventana, había pensado: ¡Ajá! La flaquita del fondo pasándole al punto ojeroso un papelito, y que se había entusiasmado. Solidaria. Qué besugos infernales, había pensado en general. Quién sabe, Witold, así decía porque siempre lo tenía de interlocutor, quién sabe tal vez éste no sea tiempo perdido. Me retrepo y me instalo en la ventana, dijo que había decidido hacer eso, y que había pensado: cual aguilucho a la espera de palomas y que esto le había parecido una frase tremendamente notable pero que no había habido testigos. La flaquita de la cuarta fila, había pensado, pan comido. La invito al cine a la salida. Me acepta o no me acepta, como en los tiempos de la tía Anastasia, nos dijo que había pensado, como poniéndose contento. Si no me acepta, como carne (el viking era vegetariano), un bife cadáver chorreando sangre inmunda y cuando ya estaba por vomitar, la chica que lo mira, es decir, que se da cuenta de que hay un tipo todo encogido en la ventana del aula. Y que él había pensado, dijo: Oh, la, la, la flaquita me mira, se ha percatado de mi insigne presencia. Tiernos sus ojos, no asombrados, miedosos. Sí, flaquita, soy yo, dijo el viking que había articulado contra el vidrio marcando bien las sílabas con los labios, y nos hizo una demostración, ahí, en la mesa del bar. Cuidado con lo que estás haciendo a ver si a la salida le digo al profesor, el viking dijo que más que nada le gustaba articular contra el vidrio, viendo la cara que ponía la chica. Mirá la seña que te hago, flaca, y se había tirado el ojo para abajo todo lo que podía. ¡Ojo! Ojo conmigo. La única cabeza levantada de toda el aula magna, la de la flaquita que no me podía creer, decía entusiasmado. Todas las demás cabezas obsecuentes, alcahuetas del mandamás del frente, blandos cerebros dispuestos a responder pero la flaquita me miraba a mí, no agachaba la cabeza, me miraba a mí, al poeta, decía el viking a quien a veces le gustaba exaltarse, a mí, Witold, aunque con la boca abierta y había dicho que pensó: esta flaca es medio lela, y esa noche agregó que la chica lo había impresionado y que se había sentido enamorado de una manera perversa, compulsiva y singular. Sobre todo de las cejas y de los ojos de la chica que formaban lo que él, en un poema escrito esa misma madrugada, había llamado "la estructura de la pureza" y que nos leyó esa noche, ya bastante tarde. Y que después, en el hall que empezaba a atestarse a la salida de clase, la chica había andado deambulando en busca de una amiga y ¿con quién estaba la amiga, oh dioses?, con él.

Las dos lo miraron desde abajo con curiosidad.

—Flaquita te conozco, te vi, vos le pasabas un papel a un tipo en el examen. Esto es telepatía pura —decía el viking—. Ustedes dos son amigas y yo quería encontrarte a vos y me encuentro primero con tu amiga Ana a la que vos estabas buscando. Urgente, necesito saber tu nombre, ¿cómo te llamas? —la enfocó desde arriba.

—Zoe —dijo la chica. Fue el momento en que él entró como en trance. "Zoe, Zoe", repetía. "¿De dónde salió ese nombre?"

—Es bretón —dijo Zoe.

El viking corrió unos pasos levantando los brazos al cielo como un zulú enloquecido, después volvió para decir:

—No puede ser, me encuentro con Zoe, la del bretoniano nombre y esto me lleva a vos, querido André. Esto es magia pura. Y que después me vengan los cartesianos. Hermano Rimbaud, papá Baudelaire, querido Witold, la magia existe. A ver, a ver —empezó a pasar febrilmente las páginas de una libreta negra—. Vos sos mi primera Zoe en mil quinientas ochenta y siete mujeres. Acá está, esta libreta lo dice. Entendés, ninguna Zoe antes. Vos no podés ser de acá. Les debo decir algunas cosas —continuaba el viking, casi sin respirar—. Sabrán que estoy vendiendo mi libro de poemas por adelantado. ¡Ojo! que esto es clarito, nada de tráfico con la poesía, la poesía se vende pero no se vende. ¿Me captan? Y ahora, vamos a ver, vos Zoe nunca te acostaste con un tipo.

La chica tardó un segundo en reaccionar; se había puesto colorada.

—A vos qué te importa. Sí que me acosté... —había empezado a articular pero el viking había estirado un brazo larguísimo y detenía a uno que pasaba.

—Flaco, vení —era un barbudo de pelo enrulado que pasaba a toda velocidad—. Mirá esta chica, vos qué decís, que es virgen o que no es, tenés pinta de experimentado —le empezó a palpar los músculos, como alabándolo—. Vos sí que tenés buenos bíceps.

El otro apenas se detuvo un segundo.

—Qué sé yo, loco, probá —y se fue.

La chica y su amiga, empezaron a huir hacia la entrada de la facultad mientras él parecía anotar datos fundamentales en su libreta. Lo dejaron plantado, o él eligió dejarlas ir. Uno nunca sabía con el viking. Esperaba las oleadas de mujeres que desembocaban en el hall central. Después de varias miradas circulares, con el mismo entusiasmo que si divisara tierra, se dirigió a enormes trancos hacia una morocha alta de vaqueros muy ajustados.

—Flaquita, seguro que vos te llamás Zulema.

El viking y la chica se volvieron a encontrar algunas veces. El ejercía sobre ella una especie de fascinación por el horror; ella prodigaba una inagotable credulidad. Para él no había auditorio mejor. Le contaba barrabasadas, historias inventadas o, a veces, ciertas, que ella recibía con ojos como platos. Sin embargo, en el momento más inesperado, la chica mostraba rasgos de desconfianza o perspicacia que el viking asimilaba con una sonrisa paternal.

Así las cosas, una noche, la última noche antes de que la chica se negara a verlo por última vez, los encontramos a eso de las diez, viniendo por Sarmiento hacia Congreso. El viking hendía el aire nocturno como la proa de un barco, como si hubiera nacido para esa noche, ni antes ni después. Venían de la mano. Era uno de esos raros momentos en que la chica debía confiar en él. Por unas



EL VIKING

Por Silvia Iparraguirre

Sylvia Iparraguirre nació en Junín, provincia de Buenos Aires. Formó parte de la revista "El Escarabajo de Oro" y fue cofundadora de "El Ornitorrinco". Narradora y ensayista, ha publicado en diversos diarios argentinos y españoles. Su libro "En el invierno de las ciudades" mereció el Primer Premio Municipal de Literatura. El relato que se publica a continuación pertenece a su nuevo libro de cuentos, "Probables lluvias por la noche", que se editará este año.

Por aquel entonces, la historia del viking con la chica del pensionado de monjas nos resultaba poco menos que asombrosa, de modo que al encontrarnos, nos acomodábamos en las sillas como un buen espectador se acomoda antes de su película favorita y nos pasábamos los últimos datos que cada uno tenía. De más está decir que la historia se armaba por omisión de sus actores principales. De la chica no teníamos ni idea y el viking nunca contaba nada, no porque tuviera algo que ver con la reserva o el pudor, cosas que desconocía por completo, sino porque no era un tipo de contar. Lo aburría mortalmente. En cualquier lugar y circunstancia era un tipo de actuar. Así le iba. Pero bueno, la historia, si es que aquello era una historia, iba tomando forma a través de fragmentos que gente de la facultad, tipos de bares como nosotros, amantes, amigas, ex novias del viking, inventaba, suponía o conjeturaba. Del viking habría que decir, entre millones de cosas, que una madrugada, leyendo a los gritos a Dylan Thomas en casa de una dama cuyo marido estaba de viaje, se le había incendiado el colchón sin que él se percatara hasta que la cosa tomó proporciones de incendio, momento en que abandonó la casa prácticamente desnudo; que su éxito con las mujeres era algo casi mítico; que le gustaba pasar por lisiado, loco de guerra o vendedor ambulante en los colectivos o subtes y que era un poeta desperdiciado y descomunal. Medía uno noventa, tenía pelo, barba y ojos eslavos, lo que le valía el apodo y vivía en Palermo Viejo, cerca de Puente Pacífico. Le gustaba deambular hasta la madrugada, sobre todo por Corrientes, siempre a la pesca de mujeres de cualquier tipo, belleza o condición. Andaba atento a todo. Especialmente a la fauna de Filosofía y Letras, a los músicos underground que tocaban en sótanos oscuros y malolientes, de calles como Suipacha o Montevideo, al teatro experimental y a las reuniones literarias en los bares. De la chica sabíamos nada más que había venido a estudiar a Buenos Aires, que vivía en un pensionado de monjas y, sobre todo, lo que nos divertía enormemente, que el viking no tenía éxito con ella. No al menos al que estaba acostumbrado. La mayoría de las veces la chica salía huyendo y se mandaba guardar en el famoso pensionado. La flaquita, como nos dijo aquella noche, al principio, una de las pocas veces que estuvo expansivo y que contó lo de la facultad, era inclasificable. Pero, lo que le resultaba indescriptiblemente regocijante era lo del pensionado de monjas: una especie de hallazgo. Casi no había vez que, hablando con ella, aunque fuera de cosas serias (a la chica le parecía que a veces hablaban de cosas serias, por ejemplo, de Borges), al viking no le vinieran unas ganas incontenibles de reírse. En ese momento, largaba una carcajada que se apuraba a sofocar porque la chica se encerraba, como un caracol al que se le tocan las antenas. Su propósito, como nos dijo esa noche, era educarla al revés, es decir, deseducarla. Cuando se encontraban, la chica terminaba invariablemente poniéndose nerviosa. En los cafés, el viking escribía en un cuaderno todo manoseado, recitaba a Milosz, tanteaba con el codo sobre la madera como buscando el mejor punto de apoyo en la mesa, o, de repente, se largaba a cruzar la calle a los trancos porque había visto pasar un conocido o conocida por la vereda de enfrente. Decía todo el tiempo "flaquita", decía "cómo viene la mano", decía "Gombrowicz es lo más grande que existe". Tenía un humor siniestro y, en general, rabelesiano.

El viking y la chica del pensionado de monjas se conocieron una noche, a la salida de clase, en la facultad. El andaba vendiendo su libro de poemas por adelantado. Fue la temporada que salía del altillo de Palermo con un talonario de vales. Cada vale era un libro por adelantado; se lo pagaban y él anotaba dirección y teléfono para después mandar el correspondiente ejemplar por correo. La cosa fue que la chica estaba dando un parcial en el aula mayor cuando el viking, acodado en la ventana del lado de afuera contando vales, se da cuenta de que le estaba pasando un papel a un tipo de la fila de adelante. "A un punto ojeroso", como dijo él. Nos contó esa noche que, sentado en el marco de la ventana, había pensado: ¡Ajá! La flaquita del fondo pasándole al punto ojeroso un papelito, y que se había entusiasmado. Solidaria. Qué besugos infernales, había pensado en general. Quién sabe, Witold, así decía porque siempre lo tenía de interlocutor, quién sabe tal vez éste no sea tiempo perdido. Me retrepo y me instalo en la ventana, dijo que había decidido hacer eso, y que había pensado: cual aguilucho a la espera de palomas y que esto le había parecido una frase tremendamente notable pero que no había habido testigos. La flaquita de la cuarta fila, había pensado, pan comido. La invito al cine a la salida. Me acepta o no me acepta, como en los tiempos de la tía Anastasia, nos dijo que había pensado, como poniéndose contento. Si no me acepta, como carne (el viking era vegetariano), un bife cadáver chorreando sangre inmunda y cuando ya estaba por vomitar, la chica que lo mira, es decir, que se da cuenta de que hay un tipo todo encogido en la ventana del aula. Y que él había pensado, dijo: Oh, la, la, la flaquita me mira, se ha percatado de mi insigne presencia. Tiernos sus ojos, no asombrados, miedosos. Sí, flaquita,soy yo, dijo el viking que había articulado contra el vidrio marcando bien las sílabas con los labios, y nos hizo una demostración, ahí, en la mesa del bar. Cuidado con lo que estás haciendo a ver si a la salida le digo al profesor, el viking dijo que más que nada le gustaba articular contra el vidrio, viendo la cara que ponía la chica. Mirá la seña que te hago, flaca, y se había tirado el ojo para abajo todo lo que podía. ¡Ojo! Ojo conmigo. La única cabeza levantada de toda el aula magna, la de la flaquita que no me podía creer, decía entusiasmado. Todas las demás cabezas obsecuentes, alcahuetas del mandamás del frente, blandos cerebros dispuestos a responder pero la flaquita me miraba a mí, no agachaba la cabeza, me miraba a mí, al poeta, decía el viking a quien a veces le gustaba exaltarse, a mí, Witold, aunque con la boca abierta y había dicho que pensó: esta flaca es medio lela, y esa noche agregó que la chica lo había impresionado y que se había sentido enamorado de una manera perversa, compulsiva y singular. Sobre todo de las cejas y de los ojos de la chica que formaban lo que él, en un poema escrito esa misma madrugada, había llamado "la estructura de la pureza" y que nos leyó esa noche, ya bastante tarde. Y que después, en el hall que empezaba a atestarse a la salida de clase, la chica había andado deambulando en busca de una amiga y ¿con quién estaba la amiga, oh dioses?, con él.

Las dos lo miraron desde abajo con curiosidad.

—Flaquita te conozco, te vi, vos le pasabas un papel a un tipo en el examen. Esto es telepatía pura —decía el viking—. Ustedes dos son amigas y yo quería encontrarte a vos y me encuentro primero con tu amiga Ana a la que vos estabas buscando. Urgente, necesito saber tu nombre, ¿cómo te llamas? —la enfocó desde arriba.

—Zoe —dijo la chica. Fue el momento en que él entró como en trance. "Zoe, Zoe", repetía. "¿De dónde salió ese nombre?"

—Es bretón —dijo Zoe.

El viking corrió unos pasos levantando los brazos al cielo como un zulú enloquecido, después volvió para decir:

—No puede ser, me encuentro con Zoe, la del bretoniano nombre y esto me lleva a vos. querido André. Esto es magia pura. Y que después me vengan los cartesianos. Hermano Rimbaud, papá Baudelaire, querido Witold, la magia existe. A ver, a ver —empezó a pasar febrilmente las páginas de una libreta negra—. Vos sos mi primera Zoe en mil quinientas ochenta y siete mujeres. Acá está, esta libreta lo dice. Entendés, ninguna Zoe antes. Vos no podés ser de acá. Les debo decir algunas cosas —continuaba el viking, casi sin respirar—. Sabrán que estoy vendiendo mi libro de poemas por adelantado. ¡Ojo! que esto es clarito, nada de tráfico con la poesía, la poesía se vende pero no se vende. ¿Me captan? Y ahora, vamos a ver, vos Zoe nunca te acostaste con un tipo.

La chica tardó un segundo en reaccionar; se había puesto colorada.

—A vos qué te importa. Sí que me acosté... —había empezado a articular pero el viking había estirado un brazo larguísimo y detenía a uno que pasaba.

—Flaco, vení —era un barbudo de pelo enrulado que pasaba a toda velocidad—. Mirá esta chica, vos qué decís, que es virgen o que no es, tenés pinta de experimentado —le empezó a palpar los músculos, como alabándolo—. Vos sí que tenés buenos bíceps.

El otro apenas se detuvo un segundo.

—Qué sé yo, loco, probá —y se fue.

La chica y su amiga, empezaron a huir hacia la entrada de la facultad mientras él parecía anotar datos fundamentales en su libreta. Lo dejaron plantado, o él eligió dejarlas ir. Uno nunca sabía con el viking. Esperaba las oleadas de mujeres que desembocaban en el hall central. Después de varias miradas circulares, con el mismo entusiasmo que si divisara tierra, se dirigió a enormes trancos hacia una morocha alta de vaqueros muy ajustados.

—Flaquita, seguro que vos te llamás Zulema.

El viking y la chica se volvieron a encontrar algunas veces. El ejercía sobre ella una especie de fascinación por el horror; ella prodigaba una inagotable credulidad. Para él no había auditorio mejor. Le contaba barrabasadas, historias inventadas o, a veces, ciertas, que ella recibía con ojos como platos. Sin embargo, en el momento más inesperado, la chica mostraba rasgos de desconfianza o perspicacia que el viking asimilaba con una sonrisa paternal.

Así las cosas, una noche, la última noche antes de que la chica se negara a verlo por última vez, los encontramos a eso de las diez, viniendo por Sarmiento hacia Congreso. El viking hendía el aire nocturno como la proa de un barco, como si hubiera nacido para esa noche, ni antes ni después. Venían de la mano. Era uno de esos raros momentos en que la chica debía confiar en él. Por unas cuadras, seguramente, a ella debía parecerle que la ciudad monstruosa tomaba un cauce y se aquietaba —la salida de los cines, las descascaradas recovas de Leandro N. Alem, la gente desconocida, toda la ondeante masa en remolino de sábado por la noche—, se acallaba y se aquietaba en virtud de los gestos ordenadores que el viking repartía a diestra y siniestra, con ampulosos ademanes de guía turístico, mientras la miraba de reojo. Hasta que llegaron a la esquina de un restaurante. En dos saltos, el viking estuvo pegado al vidrio. Había descubierto a unos conocidos, cenando. Los saludó efusivamente. No parecieron especialmente felices de verlo, sobre todo el hombre. El tipo llevaba un traje cruzado a rayas, una corbata fosforescente y un pinche de corbata con una perla. Ella era una rubia de pelo batido, de unos treinta años y se veía aburrida. Pese a las protestas de la chica, el viking ya la arrastraba adentro.

—Vení, flaquita, vamos que te voy a presentar a unos amigos —dijo mientras empujaba la puerta.

Después de las presentaciones se sentaron: el viking frente a la mujer rubia y la chica frente al tipo del pinche con la perla. Parece que un rato después, sin nada para decir, la chica seguía pensando en cómo hacer para levantarse e irse. Sobre todo porque se percibía cierta tensión en la mesa y la pareja había comido los fideos como si ellos dos les hubieran arruinado la noche. Sobre todo el hombre. Para colmo, hacía rato que el viking había sacado el cuaderno y les leía algo kilométrico. En realidad, la chica no escuchaba. Seguía con toda atención una escena en la mesa vecina. Una vieja, de tapado y sombrero raídos, se había parado frente al mozo en actitud teatral. Su cara soportaba capas y capas de pintura, lo que le daba el aspecto de una actriz exhausta que no había hecho tiempo de sacarse el maquillaje de escena. Revolvía un monedero de tela decrépito. Sacaba los billetes y los iba estirando sobre la mesa, uno a uno. El sombrero era asombroso. Uno de esos casquetes que conservaba todavía un trozo de tul para la frente con motas de terciopelo. El mozo esperaba, resignado, apoyado en el canto de la bandeja. La vieja lo miraba con desprecio, enarcando una ceja a lo Bette Davis y su boca pintada en forma de corazón articuló en silencio una palabra que la chica, con un sobresalto, entendió perfectamente. El mozo no se movía, como temiendo que la vieja se fuera a ir sin pagar.

—Bueno —decía el viking en ese momento—, la rubiona me está tanteando el firulete por debajo de la mesa.

Se hizo un silencio espeso en medio del cual la chica aterrizó en la conversación.

—¿Qué firulete? —preguntó.

El viking la miró como si de golpe recordara que estaba allí y pegó un salto que casi despatarra la mesa. Un segundo más tarde, sepultaba la cara entre los brazos cruzados contra la ventana; los hombros se le movían a sacudones. Se reía desaforadamente. Por un momentos todos, incluidos los de las mesas vecinas, lo miraron estupefactos.

—Ay, ay, ay... —decía, como si no pudiera contenerse.

—Qué dijiste, polaco de mierda... —empezó a decir el del pinche en la corbata.

La cara del viking pasó de la risa a la seriedad total. Los ojos se le habían vuelto transparentes y la expresión tenía algo de anormal, como le pasaba a veces. Se levantó a medias en la silla y, muy despacio, le plantó una de sus enormes manos en el hombro del otro que parecía empezar a medir las consecuencias de lo que había dicho y tenía la cara blanca. Se arrugaba contra la silla.

—Más respeto a la mesa —dijo el viking con voz helada—; hay alguien en este restorán que no sabe qué es el firulete.

Ante esta última mención, su cara empezó a luchar contra unas contorsiones irreprimibles. La rubia, en una de sus actitudes lánguidas, miraba por la ventana desentendiéndose de la escena. El del pinche se había tranquilizado con la última manifestación jocosa del viking.

—Tengo que irme —dijo la chica.

—Esperá, esperá, flaquita. No ves que recibí un golpe epidérmico. Es mi poder inmanejable sobre las minas, mejorando lo presente —se paró, la chica hizo lo mismo—. Y vos —le dijo al del pinche desde arriba— no te metas con Witold o te mando al hospital.

—Oíme... —decía el tipo, que parecía haber recuperado el habla.

—Sólo esto: no te metas con mi Witold. Stop.

Otra vez la calle; a la chica se la llevaban los demonios. Casi corría. Estaba furiosa por haber accedido a entrar en el restaurante y por haberse quedado. Se le atropellaban las palabras.

—Yo me vuelvo al pensionado, vos hacé lo que quieras.

Al viking no le costaba nada seguirla; en realidad, andaba como de paseo.

—Te enojaste, flaquita. No vale la pena. Esos tipos no valen nada.

—Y entonces, para qué entraste, y encima me arrastrás a mí.

—Pará, pará. Nadie arrastra a nadie, flaca, y además quería ver qué pasaba. Esa mina salió conmigo no hace mucho —se tiraba de la barba contento—, pero parece que vino por más; sí flaca, vino por más.

—No me gustan tus amigos.

—Vino por más, la rubiona.

—No me interesa salir con vos ni conocer a esa gente horrible.

—Se quedó como loca la rubiona, se jugó de zurda delante del tipo. Viste qué corbata, qué pinche, ¡qué pinche! Un tipo que se pone un pinche así, con semejante perla tornasolada, es un tipazo. A ese hombre yo lo admiro, flaca, te confieso que lo admiro. Ese coso no tiene superyó, flaquita, es un liberado total. ¡Qué pinche! Pero te decía, yo tengo poder sobre las mujeres, te lo puedo demostrar.

—No me interesa para nada. Mejor para vos si tenés poder.

—Tengo poder sobre la gente, es mi espíritu rasputinino...

—Rasputiniano.

—Rasputinino, flaquita —estaba eufórico—. Te lo quiero demostrar. Es importante, es vital que me creas. Tenés que saber tantas cosas de mí todavía. Te tengo que sacar ese horrible vicio que tenés de comer carne y acordarte de tu ex novio, esnif, esnif. Ya está flaquita, mañana te hago zapallitos rellenos, traela a la hermana Eulalia, a todas las que quieras a mi casa. Al convento entero.

—No hay ninguna hermana Eulalia y no es un convento.

—¡Tío! ¡Tía! —gritó de golpe, a todo pulmón, abriendo los brazos de par en par. Por la misma vereda, en sentido contrario, avanzaba una pareja de viejos que, ante aquel grito se había quedado paralizada, lo mismo que la chica.

—¡Tía Katasia! ¡Tío Krikor! ¡Qué alegría! ¿Cuándo llegaron? —se les acercó con los brazos abiertos. Los dos ancianos retrocedieron, asustados—. Pero, ¿cómo?, ¿no me reconocen? —decía el viking, apresadumbrado— ¿No me recuerdan?

—No muchacho, usted nos confunde... —empezó a decir el anciano.

—No, tío Krikor, ¿no reconocés a tu sobrino Witold, el hijo de Lubicz Zakopane —parecía que se iba a largar a llorar de la congoja. La anciana, ya repuesta, se había acercado y lo miraba con simpatía.

—Pobre muchacho, está confundido, viejo —dijo—. No somos tus tíos, aca está un poco oscuro.

—Pero cómo, ¿y las fotos que les mandé? La del triciclo, la del servicio militar. ¿No recibieron la del concurso en la Costanera, con el besugo. ¡Tía! —exclamó tomando entre sus manos la mano de la anciana—. ¡Salí en la tapa de *Caza y Pesca*!

La pareja estaba consternada. La chica estaba sin aliento.

—Le repito que se confunde, joven —dijo el anciano.

Como para sacarlo del marasmo, la anciana dijo:

—Está bien, viejo, podríamos ser sus tíos, después de todo. Está bien, no importa. ¿Y esta señorita? —había descubierto a la chica contra la pared.

—Me casé, tía Katasia. Senté cabeza —el viking estiraba su brazo larguísimo para atraer a la chica hacia el grupo. Antes de que el brazo llegara, ella salió corriendo.

—¡Taxi! —gritó cuando llegaba a la esquina de Montevideo. Pero taxi cruzó la bocacalle como si nada. El viking ya llegaba, tranquilo, a pasos largos; se había tomado unos segundos para despedirse.

—¿Qué te pasa, flaquita? De verdad, son mis tíos Kripor y Katasia.

—Mirá —habló agitada la chica—, no quiero que me llamés más. Ya me dijo la hermana Septimia que había llamado alguien a la tres de la mañana. Dijo que era un desequilibrado. Yo no hago estas cosas por la calle. Yo vine a estudiar. Tengo un parcial el lunes. Cómo te podés burlar así de la gente.

—¡Nooo! —dijo el viking—. Eso no. Quién se burla. Vos no entendés nada, estaban contentísimos. Nos despedimos con un beso, voy a ir a visitarlos, viven en Villa Adelina. Hoy les pasó algo en la calle; esta noche, antes de sacarse la dentadura postiza, me van a recordar, tienen algo para contar mañana. Yo entro así en la realidad, me largo a nadar en la vida de los otros. Hay que creer, flaquita. A vos te falta mucho, flaca, te falta muchísimo y lo más increíble es que no te das cuenta, ni lo sospechás, tan pueblerina que sos. Pero igual, eso no lo pierdas nunca, flaquita— inició el gesto de acariciarle el pelo pero la chica ya se lanzaba sobre otro taxi que pasaba por Rodríguez Peña. Se zambulló en el asiento. El viking pasó medio corpachón por la ventanilla delantera. El chofer, agazapado sobre el volante, lo miró con los ojos desorbitados.

—Entonces, ¿suspendo los zapallitos rellenos? Mirá que la podés traer a Eulalia.

—¿Adónde? —dijo el taximetrero.

—Siga hasta Rivadavia y después doble —dijo la chica.

—¡Suspendidos los zapallitos! —dijo el viking ya fuera del auto.

El taxi arrancó a los tropezones, la chica se hundió en el asiento.

En medio de la calle, saludándola con el brazo en alto, el viking gritó:

—Un día de estos me mato, flaquita.



...KING

Por Silvia Iparraguirre

cuadras, seguramente, a ella debía parecerle que la ciudad monstruosa tomaba un cauce y se aquietaba —la salida de los cines, las descascaradas recovas de Leandro N. Alem, la gente desconocida, toda la ondeante masa en remolino de sábado por la noche—, se acallaba y se aquietaba en virtud de los gestos ordenadores que el viking repartía a diestra y siniestra, con ampulosos ademanes de guía turístico, mientras la miraba de reojo. Hasta que llegaron a la esquina de un restaurante. En dos saltos, el viking estuvo pegado al vidrio. Había descubierto a unos conocidos, cenando. Los saludó efusivamente. No parecieron especialmente felices de verlo, sobre todo el hombre. El tipo llevaba un traje cruzado a rayas, una corbata fosforescente y un pinche de corbata con una perla. Ella era una rubia de pelo batido, de unos treinta años y se veía aburrida. Pese a las protestas de la chica, el viking ya la arrastraba adentro.

—Vení, flaquita, vamos que te voy a presentar a unos amigos —dijo mientras empujaba la puerta.

Después de las presentaciones se sentaron: el viking frente a la mujer rubia y la chica frente al tipo del pinche con la perla. Parece que un rato después, sin nada para decir, la chica seguía pensando en cómo hacer para levantarse e irse. Sobre todo porque se percibía cierta tensión en la mesa y la pareja había comido los fideos como si ellos dos les hubieran arruinado la noche. Sobre todo el hombre. Para colmo, hacía rato que el viking había sacado el cuaderno y les leía algo kilométrico. En realidad, la chica no escuchaba. Seguía con toda atención una escena en la mesa vecina. Una vieja, de tapado y sombrero raídos, se había parado frente al mozo en actitud teatral. Su cara soportaba capas y capas de pintura, lo que le daba el aspecto de una actriz exhausta que no había hecho tiempo de sacarse el maquillaje de escena. Revolvía un monedero de tela decrépito. Sacaba los billetes y los iba estirando sobre la mesa, uno a uno. El sombrero era asombroso. Uno de esos casquetes que conservaba todavía un trozo de tul para la frente con motas de terciopelo. El mozo esperaba, resignado, apoyado en el canto de la bandeja. La vieja lo miraba con desprecio, enarcando una ceja a lo Bette Davis y su boca pintada en forma de corazón articuló en silencio una palabra que la chica, con un sobresalto, entendió perfectamente. El mozo no se movía, como temiendo que la vieja se fuera a ir sin pagar.

—Bueno —decía el viking en ese momento—, la rubiona me está tanteando el firulete por debajo de la mesa.

Se hizo un silencio espeso en medio del cual la chica aterrizó en la conversación.

—¿Qué firulete? —preguntó.

El viking la miró como si de golpe recordara que estaba allí y pegó un salto que casi despatarra la mesa. Un segundo más tarde, sepultaba la cara entre los brazos cruzados contra la ventana; los hombros se le movían a sacudones. Se reía desaforadamente. Por un momentos todos, incluidos los de las mesas vecinas, lo miraron estupefactos.

—Ay, ay, ay... —decía, como si no pudiera contenerse.

—Qué dijiste, polaco de mierda... —empezó a decir el del pinche en la corbata.

La cara del viking pasó de la risa a la seriedad total. Los ojos se le habían vuelto transparentes y la expresión tenía algo de anormal, como le pasaba a veces. Se levantó a medias en la silla y, muy despacio, le plantó una de sus enormes manos en el hombro del otro que parecía empezar a medir las consecuencias de lo que había dicho y tenía la cara blanca. Se arrugaba contra la silla.

—Más respeto a la mesa —dijo el viking con voz helada—; hay alguien en este restorán que no sabe qué es el firulete.

Ante esta última mención, su cara empezó a luchar contra unas contorsiones irreprimibles. La rubia, en una de sus actitudes lánguidas, miraba por la ventana desentendiéndose de la escena. El del pinche se había tranquilizado con la última manifestación jocosa del viking.

—Tengo que irme —dijo la chica.

—Esperá, esperá, flaquita. No ves que recibí un golpe epidérmico. Es mi poder inmanejable sobre las minas, mejorando lo presente —se paró, la chica hizo lo mismo—. Y vos —le dijo al del pinche desde arriba— no te metas con Witold o te mando al hospital.

—Oíme... —decía el tipo, que parecía haber recuperado el habla.

—Sólo esto: no te metas con mi Witold. Stop.

Otra vez la calle; a la chica se la llevaban los demonios. Casi corría. Estaba furiosa por haber accedido a entrar en el restaurante y por haberse quedado. Se le atropellaban las palabras.

—Yo me vuelvo al pensionado, vos hacé lo que quieras.

Al viking no le costaba nada seguirla; en realidad, andaba como de paseo.

—Te enojaste, flaquita. No vale la pena. Esos tipos no valen nada.

—Y entonces, para qué entraste, y encima me arrastrás a mí.

—Pará, pará. Nadie arrastra a nadie, flaca, y además quería ver qué pasaba. Esa mina salió conmigo no hace mucho —se tiraba de la barba contento—, pero parece que vino por más; sí flaca, vino por más.

—No me gustan tus amigos.

—Vino por más, la rubiona.

—No me interesa salir con vos ni conocer a esa gente horrible.

—Se quedó como loca la rubiona, se jugó de zurda delante del tipo. Viste qué corbata, qué pinche, ¡qué pinche! Un tipo que se pone un pinche así, con semejante perla tornasolada, es un tipazo. A ese hombre yo lo admiro, flaca, te confieso que lo admiro. Ese coso no tiene superyó, flaquita, es un liberado total. ¡Qué pinche! Pero te decía, yo tengo poder sobre las mujeres, te lo puedo demostrar.

—No me interesa para nada. Mejor para vos si tenés poder.

—Tengo poder sobre la gente, es mi espíritu rasputinino...

—Rasputiniano.

—Rasputinino, flaquita —estaba eufórico—. Te lo quiero demostrar. Es importante, es vital que me creas. Tenés que saber tantas cosas de mí todavía. Te tengo que sacar ese horrible vicio que tenés de comer carne y acordarte de tu ex novio, esnif, esnif. Ya está flaquita, mañana te hago zapallitos rellenos, traela a la hermana Eulalia, a todas las que quieras a mi casa. Al convento entero.

—No hay ninguna hermana Eulalia y no es un convento.

—¡Tío! ¡Tía! —gritó de golpe, a todo pulmón, abriendo los brazos de par en par. Por la misma vereda, en sentido contrario, avanzaba una pareja de viejos que, ante aquel grito se había quedado paralizada, lo mismo que la chica.

—¡Tía Katasia! ¡Tío Krikor! ¡Qué alegría! ¿Cuándo llegaron? —se les acercó con los brazos abiertos. Los dos ancianos retrocedieron, asustados—. Pero, ¿cómo?, ¿no me reconocen? —decía el viking, apesadumbrado— ¿No me recuerdan?

—No muchacho, usted nos confunde... —empezó a decir el anciano.

—No, tío Krikor, ¿no reconocés a tu sobrino Witold, el hijo de Lubicz Zakopane —parecía que se iba a largar a llorar de la congoja. La anciana, ya repuesta, se había acercado y lo miraba con simpatía.

—Pobre muchacho, está confundido, viejo —dijo—. No somos tus tíos, aca está un poco oscuro.

—Pero cómo, ¿y las fotos que les mandé? La del triciclo, la del servicio militar. ¿No recibieron la del concurso en la Costanera, con el besugo. ¡Tía! —exclamó tomando entre sus manos la mano de la anciana—. ¡Salí en la tapa de *Caza y Pesca*!

La pareja estaba consternada. La chica estaba sin aliento.

—Le repito que se confunde, joven —dijo el anciano.

Como para sacarlo del marasmo, la anciana dijo:

—Está bien, viejo, podríamos ser sus tíos, después de todo. Está bien, no importa. ¿Y esta señorita? —había descubierto a la chica contra la pared.

—Me casé, tía Katasia. Senté cabeza —el viking estiraba su brazo larguísimo para atraer a la chica hacia el grupo. Antes de que el brazo llegara, ella salió corriendo.

—¡Taxi! —gritó cuando llegaba a la esquina de Montevideo. Pero taxi cruzó la bocacalle como si nada. El viking ya llegaba, tranquilo, a pasos largos; se había tomado unos segundos para despedirse.

—¿Qué te pasa, flaquita? De verdad, son mis tíos Kripor y Katasia.

—Mirá —habló agitada la chica—, no quiero que me llamés más. Ya me dijo la hermana Septimia que había llamado alguien a la tres de la mañana. Dijo que era un desequilibrado. Yo no hago estas cosas por la calle. Yo vine a estudiar. Tengo un parcial el lunes. Cómo te podés burlar así de la gente.

—¡Nooo! —dijo el viking—. Eso no. Quién se burla. Vos no entendés nada, estaban contentísimos. Nos despedimos con un beso, voy a ir a visitarlos, viven en Villa Adelina. Hoy les pasó algo en la calle; esta noche, antes de sacarse la dentadura postiza, me van a recordar, tienen algo para contar mañana. Yo entro así en la realidad, me largo a nadar en la vida de los otros. Hay que creer, flaquita. A vos te falta mucho, flaca, te falta muchísimo y lo más increíble es que no te das cuenta, ni lo sospechás, tan pueblerina que sos. Pero igual, eso no lo pierdas nunca, flaquita— inició el gesto de acariciarle el pelo pero la chica ya se lanzaba sobre otro taxi que pasaba por Rodríguez Peña. Se zambulló en el asiento. El viking pasó medio corpachón por la ventanilla delantera. El chofer, agazapado sobre el volante, lo miró con los ojos desorbitados.

—Entonces, ¿suspendo los zapallitos rellenos? Mirá que la podés traer a Eulalia.

—¿Adónde? —dijo el taximetrero.

—Siga hasta Rivadavia y después doble —dijo la chica.

—¡Suspendidos los zapallitos! —dijo el viking ya fuera del auto.

El taxi arrancó a los tropezones, la chica se hundió en el asiento.

En medio de la calle, saludándola con el brazo en alto, el viking gritó:

—Un día de estos me mato, flaquita.

Todos los juegos el juego: El primer torneo del juego de **Página/12**, realizado en Mar del Plata, Cariló, Pinamar y Villa Gesell, ya tiene sus ganadores, a saber:

Mar del Plata: El encuentro se hizo en el hotel Torres de Manantiales el pasado viernes 25 de enero con la participación de doscientas personas. De ellas, se llevaron los premios quienes, respondiendo preguntas relacionadas con notas publicadas en este matutino, lograron completar un ejemplar de **Página/12**. Los ganadores en las distintas categorías fueron:

Primer premio individual: María Guadalupe Salomón.
Primer premio pareja: Gabriel Domínguez y Alejandro Frega.
Segundo premio individual: Marissa Natalia Ferrero.
Segundo premio parejas: Abraham Daniel Golberg y Marina Heller.
Tercer premio individual: Luis Vázquez.
Tercer premio parejas: Luis Rubin y David Sanischiter.

Cariló: Cincuenta participantes midieron su memoria y su nivel de información en el balneario Hemingway el pasado domingo 27 de enero. Los ganadores en las distintas categorías fueron:

Primer premio individual: Marcelo Gebhardt.
Primer premio parejas: Mario Brown y Adriana Girardi de Brown.
Segundo premio individual: Juan Casasbellas.
Segundo premio parejas: Alejandro Zelesnak y Mariana Luzzi.
Tercer premio individual: Jorge D'Agostino.
Tercer premio parejas: Guillermo Alfonso y Mariane Santángelo.

Pinamar: El torneo se realizó el pasado lunes 28 de enero en el balneario Las Brujas con la participación

S.O.L
SOSTENIDO

de 120 personas. Los ganadores en las distintas categorías fueron:

Primer premio individual: Juan Pablo Casasbellas.
Primer premio parejas: Ana María Soto de Díaz y María C. Díaz.
Segundo premio individual: Horacio Castagnola.
Segundo premio parejas: Jerónimo Morales e Inés Busadeca.
Tercer premio individual: Omar Pacini.
Tercer premio parejas: Silvia Dovenna y José Luis Gómez.

Villa Gesell: La cantidad de participantes ascendió a 180 y el torneo se disputó en el Hotel Coliseo el pasado martes 29 de enero. Los ganadores en las distintas categorías fueron:

Primer premio individual: Jorge Martín Bidegaray Yebme.
Primer premio parejas: Mónica Rubinstein y Alejandro Sztamfater.
Segundo premio individual: Héctor Calvo.
Segundo premio parejas: Jorge Freidemberg e Ismael Cuasnicu.
Tercer premio individual: Fernando Ribotta.
Tercer premio parejas: Roberto Sannazzaro y Norma de Sannazzaro.

En estas épocas de materialismo, y no necesariamente histórico, vale la pena aclarar que los vencedores no sólo cosecharon gloria y reconocimiento, sino también pasajes y estadías a Ushuaia, estadías en San Carlos de Bariloche, relojes, bolsos y una cantidad de juegos de **Página/12**. El que se informa, no sólo cosecha las pálidas de la realidad nacional e internacional, sino que —aunque sea por esta vez— tiene premio.


Torneo del juego de Página/12 en el Hotel Torres de Manantiales, en Mar del Plata.

ORTODOXO

1	2	3		4	5	6		7	8	9
10			■	11			■	12		
13			14		■	15	16			
17		■	18		19			■	20	
	■	21						22		
23				■		■	24			
■	■	25		26		27			■	■
28	29		■	30			■	31	32	33
34			35		■	36	37			
38		■	39					■	40	
41					■	42				

HORIZONTALES

1. Acción de producir eco un sonido.
10. Altar.
11. Todavía.
12. Rece.
13. Tocan ligeramente una superficie.
15. Poseer.
17. Existe.
18. Cubren.
20. Símbolo del lutecio.
21. Prisma de ciertos aparatos fotográficos, para enfocarlos rápidamente (pl.).
23. Criba grande.
24. Red de barras de hierro que refuerza ventanas y puertas.
25. Los que roban con maña cosas de poco valor.
28. Nombre que los alejandrinos daban a su patriarca.
30. Junta.
31. Metal precioso.
34. Comercio en el que se venden productos varios.
36. Perteneciente a la nariz.
38. Contracción.
39. Tira larga de papel o tela.
40. Apócope de mamá.
41. Causan dolor, molestia o menoscabo.
42. Instrumentos defensivos u ofensivos.

VERTICALES

1. Extravagancia.
2. Dios del amor.
3. Tranquilidad.
4. Anfibios anuros.
5. Símbolo del cobre.
6. Aplicar una materia grasa a una superficie.
7. Atomo que presenta carga eléctrica.
8. Ciudad de Rusia en la que nació Iván Turguenievv.
9. (Pablo) Poeta chileno.
14. Rey de los hunos.
16. Mes del año.
19. Polvillo fecundante de las plantas.
21. Que dice siempre la verdad.
22. Toda la masa encefálica.
26. Ciudad de Italia.
27. Utilidad que rinde anualmente una cosa.
28. Superior de un monasterio.
29. Proyectil.
32. Parte del árbol.
33. Ondas sobre las aguas.
35. En este lugar.
37. Río de Suiza.

